

- 8 *Ibid.*, op. cit., págs 569-575; *Ibid.*, op. cit., *Adición a la Farmacología quirúrgica de Plenck*, 4 págs. sin numerar.
- 9 *Gaceta de Madrid*, 14-V-1799 (39), pág. 408.
- 10 Cf. loc. cit. en la nota anterior.
- 11 Hasta 1802, en las traducciones realizadas por Antonio Lavedán figura como *licenciado* en la portada de las obras, pero a partir de 1802 aparece como *Doctor*. Sugerimos que este título lo debió obtener entre 1798 y 1802.
- 12 *Tratado de las enfermedades epidémicas...* Madrid (1802), vol. I, *Prólogo del Traductor*, págs. V-XII.
- 13 *Ibid.*, loc.cit.
- 14 La cursiva es nuestra
- 15 Cf. obra citada en la nota 12, *Prólogo*, págs. X-XI.
- 16 Entre los numerosos autores, memorias y textos, figuran los siguientes: Le Brun, Banan, Martens, Smith, Chicoyneau, Papon, Lind, Retz, Pringle, Bertin, Strack, Clarke, Sydenham, Chirac, Monro, Wright, Harsenhori, Boullone, Walkes, Masdevall, Amettler, Pérez Escobar y Villaine, entre otros. Entre estos últimos figuran tres autores españoles del siglo XVIII: Masdevall, Amettler y Pérez Escobar.

PEDRO LAÍN ENTRALGO

(1908-2001)

FRANCISCO HERRERA RODRÍGUEZ

Hace unos días ha fallecido en Madrid Pedro Laín Entralgo y los medios de comunicación (prensa, radio y televisión) han ofrecido una amplia cobertura informativa sobre el suceso. No podía ser de otra manera dado que Laín es uno de los intelectuales más significativos de nuestro siglo XX, abarcando su obra la antropología, la filosofía o la historia de la medicina. En este último terreno son fundamentales sus trabajos sobre la medicina hipocrática, la historia clínica o sus estudios sobre médicos españoles y extranjeros (Cajal, Marañón, Harvey, Bichat o Laënnec), además de su dirección de la afamada *Historia Universal de la Medicina*. Asimismo hay que subrayar su particular preocupación filosófica y médica sobre el cuerpo humano y sus reflexiones sobre el problema de España y en torno a la Generación del 98, entre otras muchas cuestiones.

En la prosa del ensayista Laín Entralgo podemos encontrar, por regla general, un tono pedagógico, que con casi toda seguridad proviene de su dilatada labor docente, un afán de ofrecer su pensamiento con una escritura vertebrada en diferentes puntos, creando una secuencia ordenada en el proceso intelectual de la explicación, así como un marcado tono interrogativo en los planteamientos iniciales de sus divagaciones, para posteriormente enfrascarse en un cuerpo a cuerpo con la duda o con la pregunta, como se prefiera. Uno ha pensado en más de una ocasión leyendo a Pedro Laín que este hombre, este profundo y serio

intelectual, tenía muy presente la famosa duda metódica de Descartes. Se debe aclarar que en absoluto este talante pedagógico es sinónimo de facilidad en la obra del autor. Me parece que fue Juan Ramón quien dijo aquello de facilidad, mala novia. Cuando caminamos de la mano del ensayista Laín Entralgo vamos introduciéndonos poco a poco en el laberinto del pensamiento, en la sutileza, en la relación de conceptos, en la erudición constructiva que enriquece y que no se queda en la superficie de la anécdota. En este sentido, me parece que Diego Gracia, en un artículo reciente sobre la figura de Laín, publicado en las páginas de un suplemento cultural, ha acertado plenamente, incluso desde su significativo título: *De la anécdota a la categoría (junio 2001)*.

Laín Entralgo utilizó en todos sus libros un mismo método, el análisis, primero histórico y después sistemático, del tema. Su formación científica le convenció desde joven que la reflexión humana ha de partir necesariamente del análisis de los hechos, y que a la altura del siglo XX esos hechos no son sólo los que ofrece la experiencia común sino también, y quizá principalmente, la ciencia. De ahí su interés por la historia de la ciencia. En cualquier caso, Laín Entralgo no fue nunca un historicista, es decir, una persona que se queda en mero dato histórico. En 1942 publicó un libro programático, *Medicina e Historia*, en que dejaba claro cuál era su método de trabajo: partir de la historia para desde ella pasar a la reflexión sistemática.

En 1990, Pedro Laín Entralgo, publicó una obra interesante y cautivadora: *Hacia la recta final*. Revisión de una vida intelectual. De la lectura de este libro pueden sacarse muchas conclusiones, pero muy especialmente que el pensamiento lainiano no cierra capítulos, sino que este hombre a lo largo de su existencia concibió su obra como algo abierto, siempre a punto para someter a revisión cualquier concepto o idea. Esta actitud pensamos que es constructiva y sana, sobre todo porque huye de los dogmas y del anquilosamiento. Esta actitud intelectual, el conjunto de su obra y su labor docente han convertido a Laín en un maestro; un maestro, que ayuda a los demás a pensar, en sintonía o no con su discurso, pero a partir del mismo. Ahora recuerdo que en la obra citada, Laín, diferencia al maestro del incitador; sin lugar a dudas este humanista habrá sido para muchos médicos y hombres de cultura un incitador, lo que no es poco; pero además para otros intelectuales y hombres de universidad, casi con toda seguridad, Laín entra en la categoría de maestro. Alguna vez le he leído al propio Laín que la vida de un investigador pasa por tres etapas: la de acarreo de material, la de síntesis y la de legado. Está claro que una gran mayoría no pasa de la primera etapa, que ya es importante; algunos consiguen articular una síntesis de lo aprendido y muy pocos dejan la herencia de su magisterio. No hace falta apostillar aquí en qué categoría incluimos a Laín Entralgo.

No se trata, pues, de realizar aquí un listado de sus obras y abrumar al lector. Esto se puede encontrar en cualquier catálogo o en cualquier solapa de un libro, pero no quisiera dejar pasar la oportunidad de nombrar una obra de Laín que sin duda está llamada a perdurar y a servir de aliento a las nuevas generaciones, además de alumbrar sobre un período especialmente complicado de la historia de nuestro país, me refiero a ese libro que editó Barral en 1976 y que lleva por título *Descargo de conciencia*. Una obra valiente, fruto de una conciencia

reflexiva y exigente, que desde mi punto de vista debe ser releída con asiduidad, junto con otros importantes libros de memorias y de testimonios publicados en los últimos años, para no olvidar que la construcción de una España plural y democrática es una tarea cotidiana que debe basarse entre otros aspectos en la crítica constructiva y en el respeto. Desde la distancia, desde la perspectiva de un humilde lector de la obra lainiana, desde el Sur en que escribo estas líneas, tengo la sensación de que el respeto es una de las principales cualidades de este hombre, un valor que por cierto no abunda en este solar ibérico en que habitamos.

En Cádiz, durante un buen número de años hemos estado acostumbrados, a ver en verano a don Pedro Laín por nuestras calles como un gaditano más; por ejemplo, en el Hotel Atlántico, del cual dijo García Márquez que parecía un galeón a punto de zarpar para las Américas, o en los alrededores de la Facultad de Medicina o en las calles Ancha, Ceballos, Benjumeda, etc. Los veranos de don Pedro entre nosotros no eran ociosos, escribía y participaba en la vida cultural de la ciudad. Ahora así de memoria recuerdo una mesa redonda celebrada en la Diputación Provincial en la que participó con el escritor Augusto Roa Bastos, en la que Laín argumentó entre otras cuestiones sobre la importancia del trabajo para la vertebración de un hombre y de un país. Hablando de anécdotas y categorías, quizás una anécdota gaditana pueda ayudar a entender un poco más a este humanista llamado Laín. En varias ocasiones he escuchado de labios de un médico gaditano, el doctor Manuel Gutiérrez Rodríguez, el estímulo que supuso para él en el año 1957, cuando ejercía sus labores asistenciales en Alcalá de los Gazules e investigaba en solitario en diversos aspectos de la Citohistoquímica, la carta que le envió Laín como director de la revista *Medicamenta* aceptando un trabajo suyo y alentándole a enviar nuevas publicaciones. Valórese esta carta en el contexto de una época plagada de dificultades, no sólo para investigar sino incluso para realizar una búsqueda bibliográfica que diese soporte a la investigación, sobre todo si ésta era realizada en el ámbito rural:

«Distinguido amigo y compañero:

Hemos recibido su interesante trabajo sobre hemograma normal en la gallina.

En la edición para médicos, damos preferencia a los artículos de tipo clínico práctico; por ello su trabajo, dado el gran número de originales pendientes, tendría que sufrir un forzoso retraso que no merece. A fin de dar a conocer con la mayor rapidez su trabajo, va a ser incluido en uno de los próximos números de la revista para el farmacéutico, como hemos hecho en ocasiones anteriores.

Consideramos su colaboración especialmente valiosa siendo para nosotros un honor publicar en una u otra de nuestras ediciones la continuación de los trabajos sobre hematología que está Vd. Realizando o algún otro de tipo clínico de interés para el médico en general.

Dándole las gracias una vez más, le saluda afectuosamente su amigo y compañero, P. Laín (f. y r.). 4-4-1957.»

Ahora que don Pedro Laín se ha marchado, probablemente algunos eruditos comiencen a estudiar muchos aspectos de su pasado político o universitario, quizás también se deba investigar esta faceta de la dirección de publicaciones periódicas de carácter médico, y quizás se encuentren algunos testimonios como el citado, que conviertan, permítaseme la expresión, la anécdota en categoría. De momento aquí tenemos mucha obra de Laín para estudiar y asimilar. Vale.

NOTICIAS HISTÓRICO-MÉDICAS Y DE BIOÉTICA

FRANCISCO HERRERA RODRÍGUEZ

Hoy toca coger la pluma para recordar a dos humanistas que recientemente han fallecido: el valenciano Luis García Ballester (1936-2000) y el madrileño Javier Gafo Fernández (1936-2001). Ambos, como puede observarse, nacieron en el año fatídico en que comenzó la Guerra Civil y sólo este detalle nos informa de la España que les tocó vivir en sus años de infancia y juventud. Ambos, como sucedió también recientemente con el profesor Orozco Acuaviva, han partido en el momento en que se encontraban en plena madurez intelectual, y por tanto aún podían deparar sustanciosas y beneficiosas investigaciones, que sin duda hubieran enriquecido aún más las respectivas disciplinas que cultivaban: la Historia de la Medicina y la Bioética. A García Ballester y a Javier Gafo les hemos leído y estudiado muchos para perfeccionar nuestros conocimientos o incluso para enriquecer nuestra labor docente.

Luis García Ballester, desarrollaba su labor en los últimos tiempos en la Universidad de Cantabria, y a lo largo de su carrera publicó trabajos de reconocido prestigio que son suficientemente conocidos por los que cultivan la Historia de la Medicina. Ahora, y sin afán de alargar excesivamente el listado, podemos recordar aquí sobre todo las siguientes obras: Galeno en la sociedad y en la ciencia de su tiempo (1972), obra dedicada a José María López Piñero, y *Los moriscos y la medicina*. Un capítulo de la medicina y la ciencia marginadas en la España del siglo XVI (1984). Igualmente, debemos recordar su colaboración en la *Historia Universal de la Medicina*, dirigida por Pedro Laín Entralgo, así como muchos artículos publicados en revistas de prestigio. Recientemente su discípulo, Jon Arrizabalaga, anunció que antes de su fallecimiento consiguió terminar una monografía extensa sobre los sanadores y los enfermos en la Corona de Castilla (siglos XIII al XVI), así como dos volúmenes con una amplia selección de sus trabajos. Asimismo, Arrizabalaga, ha destacado la vigencia del proyecto internacional de edición crítica de las *Arnaldi de Villanova Opera Medica Omnia*, dirigido por el propio García Ballester, junto a Juan A. Paniagua y Michael R. McVaugh (Cf. *Medicina e Historia*, 4, 2000, p. 16). Recordamos que en abril de 1997, se celebró en Granada